

28



Antoñana Chasco, Pablo

(Viana, 1927 - Pamplona, 2009)

Fue escritor y colaborador de prensa en distintos medios de comunicación. Intelectual comprometido y poco cómodo para el poder, columnista mordaz y escritor fecundo, escribir fue para él más que una afición o un medio de vida. Llegó a señalar que para él “escribir es una enfermedad crónica. No puede uno dejarlo. Si escribo, sufro, y si no escribo, sufro más. El sufrimiento es una palabra manida que yo uso con sinceridad”.

Nació en la misma casa que Francisco Navarro Villoslada, en la que sirvieron su abuela y madre, y que en la actualidad ocupa la Biblioteca Pública de Viana. Antoñana recordaba sus inicios como escritor señalando que escribía imitando al maestro, del cual comentaba en una entrevista poco antes de morir «no solo nací en la misma cama en la que él murió, sino que esa es la cama en la que duermo actualmente».

El estilo literario de Pablo Antoñana está influido y marcado, tanto por la relación que conoció en su infancia entre jornaleros, mayores y hacendados en el mundo rural, como por la Guerra Civil española, que también vivió en su infancia y marcó su estilo como escritor, así como por la lectura de autores como Baroja o Faulkner.

Su padre, que era maestro de Viana, le inició en los estudios, para posteriormente proseguir su formación en Logroño; primero en el instituto y luego en la escuela de magisterio. Más adelante cursaría la carrera de derecho en la Universidad de Zaragoza. Y fue allí, en Zaragoza, donde comenzó a publicar sus primeros escritos y donde contactó con José María Aguirre, poeta y crítico de arte en la prensa local, con quien fundó la revista *Almenara*. En 1946 publicó su primer cuento “Pablo Ordoky o el corte de pelo de un estudiante”, e inició sus colaboraciones en la prensa.

En 1953 obtuvo la plaza de secretario de ayuntamiento de Sansol, Desojo y El Busto, y dos años más tarde se casó con Elvira Sáinz, maestra de El Busto. Ejerció en estos pueblos de las cinco villas de Los Arcos hasta su jubilación en 1988, y convirtió estas poblaciones en los territorios narrativos de su mítica República de Ioar, un lugar imaginario sin asiento en la ONU (gracias a Dios), sin moscas, curas, ni guardiaciviles. Un mundo que, en sus palabras “no pertenece a la extravagancia cosmopolita, moda o desvirtuamiento del quehacer literario. Escribí sobre mí mismo y mi alrededor inmediato. Recibí cuanto pude de mi pequeño país. Sin él, cuanto escribí carecería de sentido, o hubiera tenido otro”.

En 1959 Antoñana ganó con *El capitán Cassou* –editado por Pamiela en 2013– el único premio de narrativa breve que convocó la revista *Acento*, paradójicamente órgano cultural del SEU y a su vez portavoz de la literatura comprometida y social de aquellos años. Para construir un relato pacifista y antimilitarista, Antoñana tuvo que trasladar al marco de la Gran Guerra euro-

pea un suceso de la guerra civil española. En 1961 le fue otorgado el premio Ciudad de San Sebastián de Cuentos por “El tiempo no está con nosotros”. En el mismo año recibió, el prestigioso Premio Sésamo de novela por *No estamos solos* (Pamiela, 1993), una de las primeras narraciones “fouknerianas” del panorama literario español del momento, en la que cuenta su estremecedora visión sobre un grupo de combatientes carlistas a quienes la derrota convierte en una banda de delincuentes rurales.

Fue finalista en 1961 del Premio Nadal con *La cuerda rota* (Pamiela, 1995), una novela que parecía destinada a no ser publicada jamás. La novela cuenta la historia de cuatro trabajadores portugueses que pretenden pasar clandestinamente a Francia a través de los Pirineos navarros. Víctimas de un pasado de miseria, injusticias y explotación, estafados por parte de redes dedicadas al paso de clandestinos, y perseguidos por la guardia fronteriza, la novela presenta la impresionante lucha de estos cuatro hombres en busca de su libertad. La historia se presenta con tintes terribles, en un relato en el que Antoñana se aleja de cualquier tentación de maniqueísmo. En este 2016, con millones de migrantes “clandestinos” en todos los rincones del planeta, sufriendo y afrontando una situación similar a los protagonistas de la novela, cabe decir que *La cuerda floja* narra una historia mil veces repetida, y lo hace con una intensidad narrativa y una fuerza poética poco comunes.

30

Su segunda novela en aparecer publicada fue *El sumario* (Plaza y Janés, 1964 / Pamiela, 1984), subtitulada *El dilema de un juez*. En ella reconstruye retrospectivamente los motivos y circunstancias del asesinato de Cornelio, cuyo cadáver aparece abandonado en la orilla de un río. La historia, con la que culmina un primer ciclo narrativo de raigambre foukneriana y contenido social, tiene cierto aire a género negro y transcurre al sur del territorio de su República de Ibarra. A partir de aquí, Antoñana dejaría pasar nueve años antes de publicar otra obra narrativa.

En 1973 recibió el premio Ciudad de San Sebastián de novela por *Pequeña crónica* (Pamiela, 1983), publicada en su momento por la revista Kurpil; y en 1976 se le concedió el premio Ciudad de Tudela de cuentos. Le siguió *Relato cruento* (Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, 1978 / Pamiela, 1996) por la que fue galardonado en 1977 con el Premio Navarra. En ella realiza un repaso de lo peor de nuestras contiendas internas, empezando por las guerras carlistas y terminando en 1936, sin ahorrarse ninguna descripción de los horrores que sufrieron los que “siempre pagan las guerras, los pobres”.

En 1990 publica *Noticias de la Segunda Guerra Carlista* (Pamplona, Dirección General de Cultura) y tres años más tarde reúne en *La vieja dama y otros desvaríos* (Dirección General de Cultura, 1993) varios relatos y dos novelas cortas, entre ellas *El capitán Cassou*, que permanecía inédita, y *Cartas guineanas*.

Miembro desde junio de 1979 de la Sociedad de Estudios Vascos (Eusko Ikaskuntza), en 1996 fue galardonado con el premio Príncipe de Viana de la Cultura, a raíz del cual se reeditaron algunas obras y se realizó la compilación de una colección de artículos personales y de entrevistas titulada *Textos y Pretextos* (Bermingham, 1996), así como un conjunto de reflexiones reunidas bajo el título *Memoria, divagación, periodismo* (Pamiela, 1996).

Un año después salía *Despropósitos* (Pamiela, 1997), treinta y tres nuevos relatos cortos en los que Antoñana, con una prosa intensa y sin concesiones, vuelve a los tiempos de las guerras carlistas y a su querida República de Iñarrieta, a través de una mezcla entre ficción e historia.

En 1999 reúne cerca de cincuenta relatos en el libro *Extraña visita y otras historias* (Pamiela, 1999), en los que el humor y el horror cruzan sus pasos en lo que cabe calificar como consumación de la madurez narrativa de Pablo Antoñana; y donde vuelven a aparecer temas habituales como la guerra, la derrota, el fracaso, la inmigración de principios de siglo, o la decadencia. En *Último viaje y otras fábulas* (Tarttalo, 2001), recopila una colección de textos narrativos aparecidos en prensa cuyo tema común es nuevamente la guerra, con la crueldad y la desesperanza como paisaje de fondo de todos los relatos. Poco después vería la luz el recopilatorio histórico-etnográfico *De esta tierra y otras guerras perdidas* (Pamiela, 2002).

Sus últimas publicaciones fueron *Escrito en silencio. 100 artículos* (Sahats, 2008), una selección de colaboraciones publicadas en diversos diarios durante la década anterior; y *Aquellos tiempos* (Lamiñarra, 2008), una recopilación de más de sesenta artículos costumbristas publicados a lo largo de seis años en la revista Orbela en los que repasa anécdotas, gentes y tradiciones perdidas.

Pablo Antoñana realizó a lo largo de toda su carrera una importante labor como colaborador habitual en la prensa diaria y en numerosas revistas. Entre 1962 y 1977, mantuvo la sección dominical "Las tierras y los hombres" en Diario de Navarra, algunos de cuyos textos se recogieron en *Patrañas y otros extravíos* (Pamiela, 1985) y en *Botín y fuego y otros relatos* (Pamiela, 1985). Entre los años 1983 y 1986 colabora con Navarra hoy con las series "Crónica sin fecha" y "Espejo cóncavo", y posteriormente lo hace en Diario de Navarra, Diario de Noticias y Gara.

La obra de Pablo Antoñana está enraizada en la tierra, tiene la cualidad de lo auténtico, de lo cercano, verdadero y real... y esa cualidad es la que le permite trascender lo local y la convierte en universal.

31

